

Prof. María Isabel Larrea

América será la tierra del asombro para los curiosos ojos europeos, medievales y renacentistas; a partir de Cristóbal Colón reunirá todas las aspiraciones que motivan al descubridor y al conquistador en esta aventura de Amadises. Oro, fama y Evangelio simbolizan, entonces, la búsqueda codiciada de tierras paradisíacas, fértiles y abundantes en metales preciosos. El nuevo cruzado español va tras los espejismos cada vez más reales, sólo que no contó, muchas veces, con la oposición de un mundo prehispánico asentado por milenios y no precisamente pre-histórico¹.

Cuando Hernán Cortés y su gente, pisaron tierra mexicana en 1519, no esperaron encontrar una realidad cultural y un progreso material como el del Imperio azteca. Bernal Díaz del Castillo, un simple soldado, rústico y sin mayor cultura, describe el asombro que les causó dicho imperio:

"I desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuenta en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todo de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo la cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos."²

¿Qué era aquello tan fantástico, nunca oído ni soñado ni visto? Todo se sintetizaba en el esplendor material y espiritual que el Imperio mostraba en una época de apogeo. A pesar de esto, muchos conquistadores, orientados más bien por su ambición de fortuna y fama, no apreciaron este legado cultural, derribaron templos, despoblaron ciudades y quisieron imponer la cultura europea en desmedro de un legado cultural inapreciable. Sólo unos pocos sacerdotes dominicos o franciscanos percibieron que las raíces indígenas podrían ser también el fundamento de un nuevo mundo. Entre éstos, importa destacar la labor de Fray Bernardino de Sahagún (1500-1590) quien en su afán evangelizador recopiló el más importante material etnográfico: desde sus creencias idolátricas, el sentido de sus fiestas rituales, su jurisprudencia, hasta sus concepciones filosóficas y artísticas. Nada escapó al interés del sacerdote quien, al publicar su *Historia de las cosas de Nueva España*, abrió una veta prácticamente inagotable en los estudios de estas culturas indígenas.

La preocupación por el estudio de la cultura azteca surge, en realidad, desde el mismo momento en que el cronista, descubridor o conquistador, describe lo que para él es un mundo absolutamente nuevo. Para Hernán Cortés³ y Bernal Díaz del Castillo⁴, el propósito de su escritura está estrechamente vinculado a sus motivaciones heroicas, esto es, persuadir a la Corona Española de la importancia de su

1 "Los especialistas afirman que, juntos, los tiempos prehistóricos y antiguos del México Central abarcan por lo menos diez mil años. Comparado este largo período con los trescientos años de vida colonial y el siglo y medio de moderna nación independiente, se verá que resulta apropiado llamar a los subsuelos prehispánicos "subsuelos y raíz del México actual" ": León-Portilla, Miguel: *Los antiguos mexicanos*, México, F.C.E., 1968.

2 Díaz del Castillo, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, México, Ed. Porrúa, Tomo I, p.260.

3 Cortés, Hernán: *Relaciones de la conquista de México*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1971. Prólogo de Hernán Loyola.

4 Díaz del Castillo, Bernal: op.cit.

empresa. No obstante, a partir de estas aspiraciones militares, podemos acceder también al conocimiento de otros fenómenos más particulares que tienen que ver con la conformación de esta cultura en especial, destacando la ciudad de Tenochtitlán con sus construcciones, viaductos, mercados, etc.

Por otra parte, la cronística misionera en México (desde Fray Andrés Olmos, Bernardino de Sahagún, Toribio de Benavente, Jerónimo de Mendieta, Martín Ignacio de Loyola, etc.) destaca por su preocupación básicamente religiosa. Sin embargo, para ellos no resulta tan fácil dar cuenta de este propósito evangelizador sin antes haber entrado, ellos mismos, a indianizarse. Este hecho implica, en primer lugar, aprender el idioma indígena para el propósito de catequesis, el cual debía ser enseñado en castellano por exigencia de la Corona. En este sentido, se produjo un fenómeno bastante beneficioso para el actual estudioso de estas culturas precolombinas, puesto que los frailes se dedicaron con más afán a conocer aspectos importantes de las costumbres, tradiciones, ritos y también de algunas manifestaciones literarias. Es así como cada uno de ellos se constituye en fuente de inapreciable valor documental.

En la actualidad, los estudios acerca de la literatura azteca han sido relativamente escasos y, más bien, forman parte de un aspecto menor e incluso ausente entre otros que aportan proyecciones más significativas para propósitos arqueológicos, paleográficos o antropológicos⁵. Sin lugar a dudas, el aporte más específico y significativo lo ha realizado el sacerdote Angel María Garibay, quien dedicó gran parte de su obra a la exploración de los monumentos literarios de la antigüedad mexicana en lengua náhuatl. Su esfuerzo estuvo dirigido a agrupar y a organizar datos y textos dispersos, la mayoría de ellos casi desconocidos. Gracias a su importante labor, los estudiosos de esta literatura pueden encontrar una valiosa ayuda que, además, constituye un punto de partida en cualquier investigación posterior⁶.

Nuestro propósito es entregar algunas pautas y consideraciones muy generales acerca del fenómeno lírico, como un modo de incentivar en el estudiante de literatura el aprecio por una parte de nuestra cultura hispanoamericana, base fundamental de nuestra conciencia de hombres mestizos, americanos y contemporáneos. Ir a nuestras raíces, como un proceso antológico permanente, es comprender también el proceso y contenido de nuestra actual literatura hispanoamericana, fundamentalmente en los fenómenos de la lírica y de la novelística contemporánea.

Comenzar a estudiar la literatura azteca y más precisamente su lírica, implica conocer primero la evolución de un pensamiento que se gesta a partir de las primeras narraciones míticas, de sentido cosmogónico. La visión genésica del mundo azteca se remitió a una explicación mágica acerca de la formación del mundo y del hombre. El mundo había existido ya cuatro veces antes de la creación del hombre definitivo; al mismo tiempo que había sido destruido por diferentes cataclismos. En la Primera Edad o Sol, se cimentó la tierra y el cielo y, los hombres, forjados de cenizas, fueron arrasados por el agua. Durante la Segunda Edad, aparecieron hombres gigantes, al mismo tiempo que débiles, tanto que cuando caían se "caían para siempre". En la Tercera Edad, llovió fuego y los hombres fueron quemados. En la Cuarta Edad, todo se lo llevó el viento y los hombres se volvieron monos. Sólo en la Quinta Edad aparece el hombre definitivo, su signo es el movimiento. En síntesis, para el mito cosmogónico azteca, es el propio dinamismo de la naturaleza quien rompe, por fin, la concepción dualista (caos-cosmos)

5 - Sejourné, Laurette: *Pensamiento y religión entre los aztecas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

- Sejourné, Laurette: *El universo de Quetzalcóatl*. México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

- Krickberg, Walter: *Las antiguas culturas mexicanas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Quinta edición.

- Westheim, Paul: *Ideas fundamentales del arte prehispánico en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

6 - Garibay, Angel María: *Historia de la literatura náhuatl*. México, Edic. Porrúa. Tomos I - II, 1954.

- Garibay, Angel María: *La literatura de los aztecas*. México, Edic. Joaquín Martiz, 1964.

- Garibay, Angel María: *Poesía náhuatl*. México, UNAM, 1968.

permitiendo la aparición de la vida. Esta sustracción a la destrucción de la materia queda representada por el mito del nacimiento de Quetzalcóatl.

De esta idea del mundo, nace un pensamiento mítico-histórico en el futuro hombre azteca. Teotihuacán, ciudad de los dioses, se va a situar como el centro compilador al mismo tiempo que proyector del futuro. Aparecen aquí, las primeras formas materializadas de la cultura, especialmente representadas en las Pirámides del Sol y de la Luna, en la estatuaria, en las pinturas, plazas, palacios, cerámicas y, por cierto, en la literatura.

Como consecuencia de esta visión integradora; los poetas, sabios o filósofos se convirtieron en custodios y guías de la memoria colectiva. Se crean centros educativos donde el aprendizaje se efectúa mediante la "memorización de textos", como el mejor método para preservar la tradición histórica y mítica. Aparecen los cantos mito-históricos y guerreros. La profesión del poeta o sabio como tal es honrada y protegida por el pueblo y por el Estado; los informantes de Sahagún nos dan cuenta de este fenómeno del siguiente modo:

El sabio: una luz, una tea,
una gruesa tea que no ahúma.
Un espejo horadado,
un espejo agujereado por ambos lados.
Suya es la tinta negra y roja
de él son los códices, de él son los códices.
El mismo es escritura y sabiduría.
Es camino, guía veraz para otros.
Conduce a las personas y a las cosas,
es guía en los negocios humanos.

El sabio verdadero es cuidadoso (como un médico)
y guarda la tradición.
Suya es la sabiduría transmitida,
él es quien la enseña,
sigue la verdad,
no deja de amonestar.

Hace sabios los rostros ajenos
hace a los otros tomar una cara (una personalidad)
los hace desarrollarla.
Le abre los oídos, los ilumina.
Es maestro de guías,
les da su camino,
de él uno depende.

Pone un espejo delante de los otros,
los hace cuerdos, cuidadosos;
hace que en ellos parezca una cara (una personalidad).
Se fija en las cosas,
regula su camino, dispone y ordena.
Aplica su luz sobre el mundo
conoce (lo que está) sobre nosotros
(y), la región de los muertos.

Es hombre serio.
Cualquiera es confortado por él,
es corregido, es enseñado.
Gracias a él la gente humaniza su querer

y recibe una estricta enseñanza.
Conforta el corazón.
Conforta a la gente,
ayuda, remedia,
a todos cura.⁷

La poesía náhuatl (canto y danza) poseía, en primera instancia, dos fines: a) dar aliento al pueblo para que se mantuviera despierto y b) agradar al dios que rige el universo para alcanzar de algún modo, la revelación de sus designios.

Los informantes de Sahagún también se refieren a estos puntos:

Oíd, este es vuestro oficio:
Cuidad del tambor y de la sonaja:
despertaréis al pueblo, y daréis el placer al dueño del Universo.
Por este medio buscaréis el designio de su interior y lo tendréis
a vuestra disposición. Esta es la forma de pedir y buscar al Señor.

En una segunda etapa cultural, ubicada entre los siglos IX y XII de nuestra era, el pueblo tolteca (antecesor del pueblo azteca) deja testimonio, para la auténtica consolidación de una literatura, de un aporte muy significativo expresado en la herencia de una lengua, náhuatl. Los códices o libro de pintura constituyeron en el mundo náhuatl el complemento de los "Itoloca" (la tradición), en ellos se escribieron los recuerdos, las historias y los cantos. Para Bernal Díaz fue un nuevo elemento de asombro:

"Hallamos las casas de ídolos y sacrificios. . . y muchos libros de su papel, cogidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla. . ."⁸

Al igual que otras culturas indígenas, los nahuas pasaron de la etapa meramente pictográfica a la de los glifos ideográficos que representaron simbólicamente a las ideas. Incluso poseían ideogramas para ciertos conceptos metafísicos y glifos de carácter exclusivamente fonético o representativo de sonidos por lo general silábico.

A partir del siglo XIII D. C., con la partida de la civilización anterior, viene a poblar el Valle de México un grupo de hombres nómades llamados aztecas o mexicas. Un tanto habituados a las desgracias, a la errancia y a un macabro sentido de la muerte, este último, lo reflejan especialmente en la escultura. Desde el punto de vista religioso, el pueblo azteca se caracterizó por sus rituales sangrientos donde la vida humana era ofrecida a los dioses. Huitzilopochtli, su divinidad tribal, dios de la guerra y del sol, es un permanente bebedor de sangre. Los aztecas, depositarios de la grandeza de su Dios, sienten verdadero orgullo de ser sus soldados y, de este compromiso, nace un hondo sentido imperial y la guerra se convierte en verdadera forma de culto, especialmente, en las llamadas "guerras floridas"⁹. Su grandeza política les impulsa a consolidar su historia y es, de este modo, como se busca la manera de comprender y fijar el propio pasado. Los sabios o "tlamatines" se convierten en los guardadores y poseedores de los códices, a ellos les será dado el conocer el arte de escribir o pintar:

7 Informantes de Sahagún, Códice Matritense de la Real Academia. Vol. I, folio 118 r. Dato obtenido de León-Portilla, Miguel en: *Los antiguos mexicanos*, op. cit., pp. 125-126.

8 Díaz del Castillo, Bernal: op. cit., T.I, p. 143.

9 La "guerra florida" establecida por Moctezuma Ilhuicamina (1440-1469) eran guerras de conquista; el botín compuesto de guerreros vencidos era entregado al sacrificio del dios Huitzilopochtli.

Los que están mirando (leyendo)
Los que cuentan
los que vuelven ruidosamente
las hojas de los libros de pinturas
los que tienen en su poder
la tinta negra y roja, las pinturas.

Ellos nos llevan, nos guían
nos dicen el camino
quienes ordenan cómo cae un año
cómo siguen su camino
la cuenta de los días
y cada una de sus veintenas
de esto se ocupan
a ellos les toca hablar de los dioses.

Estos sabios elaboraron una concepción profundamente poética del mundo, del hombre y de los dioses, apoyada en dos puntos fundamentales; su anhelo por formular adecuadamente una doctrina acerca de la divinidad y; su preocupación por saber si es posible decir "palabras verdaderas" en la tierra. Estas preocupaciones de orden ontológico y metafísico revelan un pensamiento humanista y trascendente que estuvo incorporado a la vida diaria del azteca. El hombre mexicano sintió las limitaciones que poseía como ser humano y, especialmente, tuvo una conciencia muy clara de su transitoriedad por la vida:

Aun el jade se rompe
aun el oro se quiebra
Aun el plumaje del quetzal se rasga. . .
¡No se vive para siempre en la tierra!
¡Perduramos sólo un instante!

(Poema atribuido a Netzahualcóyotl)

Sólo venimos a dormir
sólo venimos a soñar:
no es verdad, no es verdad
que venimos a vivir en la tierra.
En hierba de primavera
vinimos a convertirnos:
llegar a reverdecer;
llegar a abrir sus botones
nuestros corazones:
es una flor nuestro cuerpo:
da flores y se seca

(Anónimo)

Esta lírica inspirada en el sentido de la muerte y en la fugacidad de la vida es el resultado de la búsqueda incesante del hombre azteca por encontrar el fundamento, es decir, de todo aquello que lo afirma en la tierra. La imposibilidad de saber el lugar que ocupa en el existir eterno le hace sentirse angustiado frente a la precariedad de la vida. Sin embargo, está la posibilidad de fundamentar su existencia, en la medida que sea capaz de encontrar *palabras verdaderas*. La expresión "in xóchitl", que corresponde a "flor", designa también a lo que entendemos por *poesía*, es decir, "expresión artística", "simbolismo". La expresión "in cuicatl" es "canto", al mismo tiempo que metáfora de

“verdad”. De este modo, “flor y canto” se funden en la mentalidad azteca como un solo signo: “palabra auténtica”, verdadera, fundamento, raíz. Es en esta medida que el hombre acepta compararse con las flores, aun cuando reconoce su precariedad. Ellas son portadoras de verdad y poseen la capacidad de comunicar el mundo cotidiano con el mundo trascendente.

Con ellas es posible interrogar o interrogarse, de ahí que la mayoría de los poemas líricos de esta serie sean interrogaciones metafísicas o preguntas acerca del dador de la vida, de quien no conocen, a veces, ni siquiera su nombre. La poesía azteca toca, en este momento, una verdad que resulta conmovedora si la miramos desde una óptica contemporánea, puesto que resume y reúne las preocupaciones del hombre en general que ha dejado la existencia pragmática, por un momento, para detenerse en el eterno dilema de la existencia.

Las interrogaciones acerca de la divinidad parecerán ser aun más terribles que las anteriores ya que la mayoría de las inquisiciones quedan irresolutas. Una de ellas tiene que ver con la pequeñez e ignorancia humanas frente a la grandeza y conocimiento divino:

Sólo allá en el interior del cielo
tú inventas tu palabra,
¡oh Dios!
¿Cómo lo determinarás?
¿Acaso tendrás fastidio aquí?
¿Ocultarás aquí tu fama y tu gloria,
aquí sobre la tierra?
¿Cómo lo dispondrás?

Las interrogantes de este tipo de poesía resultan planteamientos existenciales límites que se irán encontrando en forma de distintos motivos, tales como: la incapacidad del hombre para comprender las distintas manifestaciones divinas, un sentimiento de profundo abandono y desarraigo, la duda acerca de la propia existencia (“Nadie, nadie vive de verdad en la tierra”), el sentimiento de ser la proyección de un Soñador o el no tener ninguna certeza acerca de lo que es la temporalidad:

El Dador de la vida se burla:
sólo un sueño perseguimos,
oh amigos nuestros
nuestros corazones confían
pero él en verdad se burla.
Conmóvido gocemos
en medio del verdor y las pinturas.
Nos hace vivir el Dador de la vida,
el sabe, él lo determina,
cómo moriremos los hombres.
Nadie, nadie, nadie
de verdad vive en la tierra.

Estas preocupaciones las hemos encontrado replanteadas con idéntico sentido en un corpus bien significativo de poemas¹⁰, lo que nos permite asegurar que la poesía azteca no fue sólo un modo

10 Garibay, Angel María: *Poesía Nahuatl*, op. cit. Tomo III.

de afianzar la tradición o un fenómeno ritual y religioso aislado de las actitudes vitales individuales. Por otra parte nos demuestra que el poeta, efectivamente, es el verdadero mediador entre lo trascendente y lo terrenal:

¿Yo quién soy?
Volando me vivo,
compongo un himno,
canto las flores:
mariposas de canto.
Surjan de mi interior,
saboréelas mi corazón.
Llego junto a la gente,
he bajado yo, ave de primavera,
sobre la tierra extendiendo mis alas,
en el lugar de los atabales floridos.
Sobre la tierra se levanta, brota mi canto¹¹

Existe además, una serie de “poemas guerreros”¹² los cuales celebran la mística de la guerra; pero que igualmente desembocan en el sentido religioso metafísico ya descrito:

Soy desdichado, estoy llorando.
¡Felices los que se sienten desolados!
Las flores del escudo son levantadas por el viento,
¡Ay, quiere verla mi corazón!
Nada como la muerte en la guerra,
nada como la muerte florida.
Viene a estimarla el autor de la vida.
¡Ay, quiere verla mi corazón!

En este poema podemos comprobar que el sentido de la vida azteca había llegado a sincretizarse de tal forma que lo sagrado no era diferente de lo guerrero y ni siquiera de lo esotérico. El poeta se sabía un iniciado, un héroe en camino de un solo fin: la muerte.

En síntesis, la poesía llegó a formar parte del sentido imperial azteca para preservar a través de ella todos los valores por los cuales el hombre luchaba y que pueden sintetizarse en la aceptación de la vida como un tránsito para la muerte.

Esta última, representa entonces otra forma de vida y sólo con ella “se adquiere el principiado y se merecen las flores de la muerte”. La vida resulta un sueño necesariamente perentorio. Es en este sentido que deben entenderse también los sinnúmeros de cánticos a los príncipes y guerreros. En un cántico ritual al dios Huitzilopochtli se lee: “Mi Dios se llama *Dominador* de las gentes” lo que indica un sentido místico del comportamiento imperial que los impulsó hasta la llegada de los nuevos guerreros blancos barbados.

Conclusiones:

La lírica azteca es el resultado de un largo proceso cultural que se inicia a partir de un pensamien

¹¹ Este poema describe al poeta y forma parte de “El diálogo de la flor y del canto”, encuentro de poesía realizado en 1490 y cuya versión nos entrega León-Portilla en su: *Los antiguos mexicanos* op. cit., pp. 130-138.

¹² Denominación hecha por Angel María Garibay en su: *Poesía Náhuatl* op. cit., p. 4.

to mítico-genésico que plantea una visión pesimista frente a la existencia humana. El hombre, en su eterno retorno, no logra escapar de la destrucción de la vida aun cuando cree haber encontrado un fundamento adecuado a sus aspiraciones metafísicas.

El pensamiento místico guerrero del hombre azteca posibilita el surgimiento de una poesía que le permite encontrar un sentido a su vida; no obstante, las interrogantes frente a la existencia no quedan absolutamente resueltas por lo que el poeta entra a integrar una serie de elementos formales que medianizan la angustia de la existencia. Estas se expresan en una serie de formas retóricas recurrentes, tales como el tópicus del *carpe diem* horaciano, las interrogaciones, metáforas y símbolos, las repeticiones, las aliteraciones y las reiteraciones. Todos estos elementos formales trasuntan la posibilidad de llenar el vacío existencial. De esta circunstancia, la voz del poeta se hace absolutamente imprescindible en tanto que voz mediadora entre el hombre común y la divinidad.

Esta poesía así concebida determina un desarrollo en el pensamiento filosófico indígena casi imaginado por el Conquistador e incluso, los lectores de hoy pueden sentirse sorprendidos de la profundidad con que el indígena respondió a sus inquietudes ontológicas. Por lo tanto, vale la pena entrar a preservar y estudiar las diversas manifestaciones literarias indígenas, en general, como un modo de conocer y aprehender nuestros propios fundamentos.

Muchas son las líneas que pueden quedar sugeridas a partir de ese estudio. Creemos que una de las más interesantes están vinculadas con las interrelaciones que se pueden establecer entre la lírica pre-colombina y la actual lírica hispanoamericana, en especial, en lo referente a aquellos poetas que buscaron en las raíces profundas del ser americano y encontraron una respuesta vigente para la necesidad de definir al hombre de hoy. No cabe duda que en la poesía de la Mistral, Neruda, Vallejo o Cardenal, están expresadas, también, las necesidades fundamentales para encontrar 'palabras verdaderas'. En este sentido podemos concluir que la búsqueda del poeta y de la poesía no es muy distinta a pesar de la distancia temporal y de la diversidad del pensamiento, sobre todo, cuando este último es una aspiración profunda y auténtica del hombre. Nuestras raíces americanas —hispanoindígenas— permiten, a través de su literatura, encontrar respuestas acerca de la inteligibilidad de nuestro actual pensamiento.

Instituto de Filología Hispánica